

El poeta en los olivares de la guerra

Miguel Hernández. Campos de Jaén, 3 de marzo de 1937

EVA DÍAZ PÉREZ

ESCRITORA Y PERIODISTA

Miguel Hernández, de cuya muerte se acaban de cumplir 75 años, fue destinado al Frente Sur en el llamado Batallón del Talento como redactor del periódico *Altavoz del Sur* y responsable de las tareas de alfabetización. Con su mujer Josefina Manresa en Jaén vivió sus únicos días felices durante la Guerra Civil mientras le dictaba sus poemas de *Vientos del pueblo* surgidos en medio del horror de la batalla.

¿Cómo son estos campos ahora? Nadie diría que a sólo un metro de profundidad hay tierra que sabe a sangre. Bajo la sombra de los olivares se podrían encontrar balas perdidas, metralla, un zapato, la llave de una puerta olvidada, un cinturón herrumbroso. Y un objeto diminuto junto a la raíz de una planta silvestre criada con las últimas lluvias. Parece un lápiz, un minúsculo lápiz del tamaño de un dedal. ¿A quién perteneció? ¿Qué cartas se escribieron con esta mina abandonada en esta tierra de Jaén? ¿O quizás fueron versos?

El zoom histórico enfoca el objeto hallado entre otras cosas inservibles. Parecen piezas sin memoria, pero podrían componer un puzzle estremecedor. Son los restos que dejó olvidados un poeta. Está este lápiz con el que escribió poemas que se recitarían en secreto, susurrados y clandestinos durante muchos años. Versos de *Vientos del pueblo*, escritos con la urgencia de la batalla. Está su carpetilla escolar donde guardaba los poemas: *Aceitunero, El sudor, Jornalero o Campesino de España...*

Ahora son objetos de una memorabilia absurda. Quizás, en la próxima cosecha los encuentre un agricultor. O tal vez se queden aquí para siempre. Sin que nadie sepa jamás que ahí está el lápiz con el que Miguel Hernández escribió sus poemas de guerra.

La herramienta virtual de Google Time nos permite viajar hacia atrás en el tiempo. Qué durísimo el sol de la primavera de 1937. Con qué prisa se pudren los cadáveres de los muertos. Nadie riega los campos. Aquí no hay más agua que la sangre. Hambre y sol. Y luego frío y muerte. Silencio, olvido y desmemoria. Así se suceden los días. Miguel Hernández está en el Frente Sur, descubriendo cómo el paisaje de olivares se convierte en un campo de batalla. Se ha cumplido casi un año de guerra. Él se alistó como voluntario en las milicias populares. Cédula militar 7.590. Allí aparece el número de su carnet del Partido Comunista: 120.295. Era la hora de la lucha y no lo dudó.

Al principio lo enviaron como zapador a los pueblos de la Sierra de Madrid donde se libraban las primeras batallas. Cavar trincheras, abrir zanjas, escribir versos y enviar cartas a su novia Josefina Manresa. El primer pueblo de esta brigada de fortificaciones será Cubas de la Sagra. Después de cavar en el vientre de la tierra y sospechar que más que abrir trincheras se hunde en la oscuridad de tumbas futuras, descansa por la noche en una antigua fábrica de tapices, metido dentro de un estante de los que sirven para guardar la lana. Qué caliente este refugio nocturno en el que sueña con los días felices en el Madrid de antes de la guerra, cuando todo era posible. Sus amigos Neruda, Aleixandre, su amor por Maruja Mallo. Aquella mujer hermosa y extravagante que pintaba cloacas y campanarios.

EN PRIMERA LÍNEA. Sin embargo, pronto advierten que no es lógico desaprovechar a un poeta en la primera línea del frente. Qué absurda sería una bala que atravesara el corazón del artista. Pero él quiere estar ahí, junto a los camaradas: el campesino, el maestro, el minero, el albañil. A ellos también les atravesarán el corazón las balas de esta guerra. Y él no soporta el papel



Retrato de Miguel Hernández
realizado a lápiz por

Buero Vallejo cuando ambos
estaban en la cárcel en 1940.

El poeta temía que su hijo
no le reconociese tras pasar
tantos meses en presidio, por eso
le pidió al dramaturgo que lo dibujara
y le envió el retrato por carta.

ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decíme en el alma: ¿quién
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los plánetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pié del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decíme en el alma: ¿quién
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa del sudor.

No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,

que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.

Arboles que vuestro afán
consagró al centro del día,
eran principio de un pan
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesa sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad
del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de tus lomas.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Jaén, 2 marzo 1937.



Para defender Jaén: ¡fortificación, fortificación, fortificación!

Miguel Hernández publica su poema *Aceituneros* en marzo de 1937 en el periódico *Frente Sur*.

que muchos de sus amigos han elegido en el conflicto. Ahí están, en el Palacio de los Heredia-Spínola, incautado para la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

Al principio, vivió ciertos días de alegría en aquel caserón solariego de la calle Marqués de Duero cuando recibía algún permiso del frente. Cada noche tenía algo de fiesta de fin del mundo. Apuraban los días con la fiebre del moribundo. Caían las bombas sobre Madrid y temblaban las monteras de cristal del palacio. Ellos, sin saber si morirían al día siguiente o dentro de unos minutos, se sumergían en la madrugada celebrando la vida, bebían sin medida, se disfrazaban con las ropas que los aristócratas guardaban en los armarios centenarios. Cernuda de caballero calatravo, el poeta norteamericano Langston Hughes de rey negro, León Felipe del du-

que Nicolás, Alberti de domador de circo. Miguel se divertía, pero no se sentía a gusto. Allí afuera está la guerra, y aquí viven en un carnaval, refugiados de la intemperie cruel de las batallas. No, no quería vivir así la guerra.

Él seguirá en la primera línea como otros hermanos poetas: Herrera Petere, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Paredes y Antonio Aparicio. A Miguel lo envían al llamado Batallón del Talento. Allí es feliz. Sí, no es un mal destino para un poeta: redacción del periódico *Altavoz del Sur*, trabajos de alfabetización y teatro por la Sierra de Madrid desde Pozuelo a Alcalá de Henares, Ciudad Lineal, Majadahonda.

Y así hasta que lo trasladan a Jaén. Ahora el zoom histórico nos lleva al 3 de marzo de 1937. Miguel Hernández en el Frente Sur. Parece que llevara toda la vida

Andalucía, el paisaje del infierno

■ Andalucía es el paisaje de todos sus infiernos. Al terminar la guerra intenta salvarse viajando a Portugal. En la Sevilla de Queipo de Llano pedirá ayuda a su amigo Romero Murube que lo esconderá en el Alcázar vestido de jardinero. La leyenda dirá que en una visita de Franco coincidirán en los jardines el poeta y el dictador. Otra hermosa amistad del Sur será su perdición. Hernández abandona Sevilla y se encamina hacia la frontera de Huelva con Portugal. Lleva el reloj de oro que le regaló su amigo el poeta sevillano Vicente Aleixandre como presente de boda. Un objeto que resulta extraño en un hombre de aspecto miserable. Por eso es apresado y conducido a la cárcel. Y allí lo reconocen como el poeta rojo que además fue comisario político. Comienza el viaje de Miguel Hernández hacia la muerte.

Se alistó como voluntario en las milicias populares. Cédula militar 7.590. Allí aparece el número de su carnet del Partido Comunista: 120.295. Era la hora de la lucha y Miguel Hernández no lo dudó



**Miguel Hernández y Josefina Manresa
en la terraza del Comisariado en Jaén, 1937.**



En Castro del Río aparece recitando sus poemas en un camión y hasta ha intentado convencer a los enemigos para que cambien de bando. Con un altavoz lee poemas y los anima a unirse a la lucha obrera y campesina

en la guerra. Si cerrara los ojos, atravesaría el mapa de una España bañada en sangre y horror. “He pasado los ojos por los pueblos de España; ¿qué he visto? Junto a los hombres tristes y gastados de trabajar y malcomer, los niños yunteros, mineros, herreros, albañiles, vivamente contagiados por el gesto de sus padres: los niños que se hunden (...) con cara de ancianos y ojos de desgracia”, escribe. Pero todo lo que ha visto le hace luchar con más fuerza. Y la munición que utiliza es la palabra, versos como balas.

En Castro del Río aparece recitando sus poemas en un camión y hasta ha intentado convencer a los enemigos para que cambien de bando. Con un altavoz lee poemas y los anima a unirse a la lucha obrera y campesina. Luego, se sienta a descansar, abre la carpetilla de escolar en la que guarda papel y escribe con su diminuto lápiz del tamaño de un dedal. Le salen unas redondillas de los últimos bombardeos e imagina la vida de los hombres que están

¿Y cómo era la voz de Miguel? Josefina recuerda su voz de bajo y sus ojos oscuros de avellana, el cabello castaño cortado a cepillo con un pequeño copete en la frente. Parecía un niño recién salido de la escuela

al otro lado de la trinchera. También los camaradas que acaban de morir a su lado.

Y recuerda lo que le ocurrió cuando se refugiaron al comienzo de la guerra en el cementerio de un pueblo de Madrid cuyo nombre ya no recuerda. Aquella noche, rodeado por nichos y tumbas de muertos antiguos, rieron con bromas de humor negro. Era la única forma de enfrentarse a aquella noche de tanta muerte. Al día siguiente, muchos de aquellos compañeros estaban muertos. Los tuvieron que enterrar en ese mismo cementerio en el que celebraron felices la última noche de sus vidas. Y piensa el poeta que quizás ellos creen que aquella bala sólo les rozó la piel y no atravesó sus cerebros gelatinosos, ni se hundió en las vísceras calientes. Tal vez sus camaradas siguen riendo con aquellas bromas macabras sin saber que están muertos.

Qué terribles estos versos que escribe en medio del horror. Pero escribir le salva. Están sus poemas y también su teatro. Es curioso que su único teatro representado sea el que ha salido de esta pesadilla. Teatro en la guerra, una dramaturgia de urgencias líricas, efectiva en el alma del soldado: *La cola*, *El hombrecito*, *El refugiado* y *Los sentados*. Y otra sorpresa inesperada en medio de esta laguna viscosa de fango y sangre. A Miguel Hernández lo hacen director de La Barraca. Y piensa en su amigo Lorca, muerto tan pronto de forma tan atroz. Su sombra aún debe de vagar entre los olivares de su Granada, olivares como los que ahora contempla mientras saca de un bolsillo de su guerrera, para olerlo, el mechón de su novia Josefina y que guarda para refugiarse de la guerra. El olor que también lo salva en estos días oscuros. La Barraca, los entremeses de Cervantes interpretados en una noche de luna, el olor del cabello de Josefina y el caballero de Olmedo, que de noche lo mataron al caballero de Olmedo, la gala de Medina, la flor de Olmedo...

VERDAD A BALAZOS. “El poeta es el soldado más herido”, escribe con su lápiz mínimo, apenas un dedal que casi se le pierde entre los dedos. Qué poca mina queda. Y piensa que quizás tendrá que mojarlo en tinta. O en sangre. “Mi sangre no ha caído todavía en las trincheras, pero cae a diario hacia dentro, se está derramando desde hace más de un año hacia donde nadie la ve ni la escucha”, anota.

Miguel Hernández observa el perfil del campo andaluz, tan parecido al de su Orihuela natal. Qué tristes y hermosas estas tierras de hambre y opulencia. Tan ricas y tan miserables. Cuántas guerras de justicia poética tendrían que librarse en estos campos. Se mira las manos y descubre que, a pesar de su juventud, le han salido arrugas. O tal vez sean cicatrices. Aunque por el momento baraja en su mente, que en tantas ocasiones delira, que puede que sean los surcos de la misma tierra que observa. Tanto mirar, tanto caminar por estos campos, tanto enterrar a amigos en esta tierra le han hecho que la piel se convierta en un mapa. Como si sus manos fueran un espejo del paisaje que observa.

Ahora Miguel Hernández, mientras mira los olivares centenarios, piensa en otras guerras antiguas. ¿Cuántas muertes habrán visto estos olivos? El aceite que sale de estos árboles tendrá el recuerdo de los muertos de hace siglos. Quién sabe. A él no le dan miedo los difuntos de otras épocas pero siente escalofríos cuando pasan a su lado los que acaban de morir. Esos que también siente suspirar mientras duerme. Por ejemplo, los muertos del asedio al Santuario de Santa María de la Cabeza. Qué estampa pavorosa de guerras antiguas. En su mente se sucede el atronador sonido de los obuses y de los bombardeos, pero sobre todo las voces de los muertos. “En estos campos la verdad habla a balazos”, escribe.

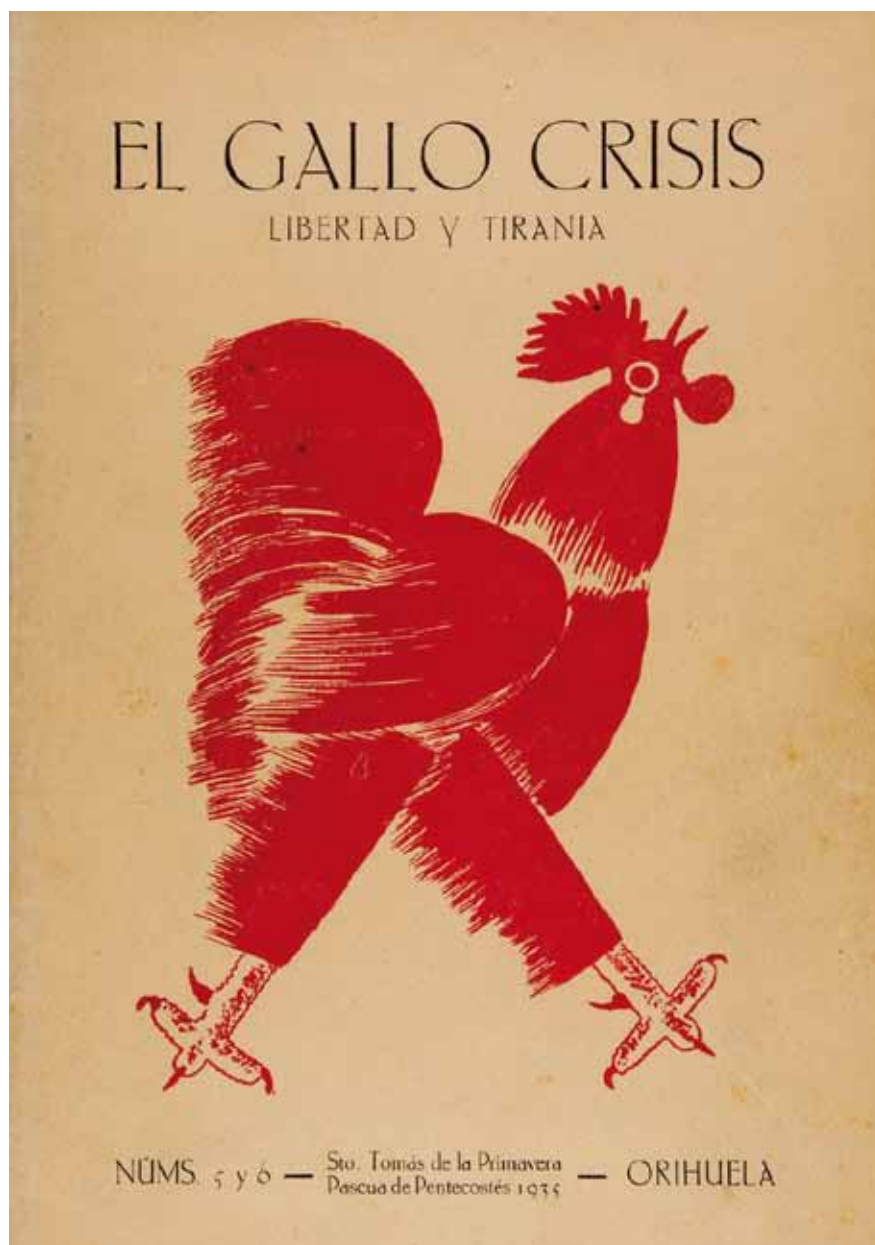
También escribe una carta a su novia. Está decidido a casarse. No puede soportar más la espera. Ama a esa muchacha senci-

El legado de Miguel Hernández

■ Adquirido por tres millones de euros por la Diputación de Jaén a la familia de Miguel Hernández en 2012, el legado íntegro del poeta está disponible *on-line* desde finales del pasado año. El archivo se compone de más de 5.600 registros, entre los que se encuentran manuscritos literarios, correspondencia, prensa, folletos, estampas, sellos, fotografías, libros, cuadros, obra gráfica, objetos y partituras musicales. Entre las más de 26.000 imágenes digitales que componen este archivo hay que destacar las primeras ediciones de sus libros *Perito en lunas* (1933), *El rayo que no cesa* (1936), *El labrador de más aire* (1937), *Teatro en la guerra* (1937) y *Viento del pueblo* (1937), así como los artículos publicados por Miguel Hernández en el periódico *Frente Sur* durante su estancia en Jaén.

Entre los manuscritos hay que destacar la presencia de los primeros borradores de poemas incluidos años después en su obra clave *Viento del pueblo: poesía en la guerra*, el manuscrito original de *Cancionero y romancero de ausencias* y el cuaderno con *Dos cuentos para Miguelito*, enviados por Miguel Hernández desde la cárcel a su hijo.

El fondo cuenta con una importante presencia de correspondencia, enviada por Miguel a Josefina durante sus años de relación a distancia y desde la cárcel, así como las cartas enviadas a ambos por Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, Federico García Lorca y Rosario la Dinamitera.



El gallo crisis (1934-1935),
revista literario-católica
dirigida por Ramón Sijé
en la que escribía Miguel Hernández.

“El poeta es el soldado más herido”, escribe Miguel Hernández con su lápiz mínimo, apenas un dedal que casi se le pierde entre los dedos. Y piensa que quizás tendrá que mojarlo en tinta. O en sangre

lla, morena y buena, aunque ella no comprenda por qué escribe versos ni por qué razón decidió alistarse como voluntario. No, no puede entender que ya que es poeta no se haya aprovechado como sus amigos de la posibilidad de resistir la guerra en la retaguardia. O incluso haber salido de España, lejos de esta guerra miserable y absurda.

Nuestro Google Time incluso podría proponer una historia alternativa. Una ucronía: ¿qué habría ocurrido si Miguel Hernández hubiera salido a tiempo de España? ¿Y si hubiera aprovechado la oportu-

nidad que le ofrecía su amigo Neruda para establecerse en el extranjero? Imaginamos historias similares a las de Cernuda, Guillén, Salinas, Alberti y María Teresa León. Federico García Lorca no fue asesinado y Miguel Hernández, este Miguel Hernández que vemos soñar y sufrir en el Frente Sur, tampoco morirá en una cárcel en 1942, devorado por la tuberculosis.

Otro ilustre exiliado, Max Aub, escribió la más hermosa ucronía del destierro: *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo*. Era el discurso que Aub escribía con motivo de su imaginaria entrada en

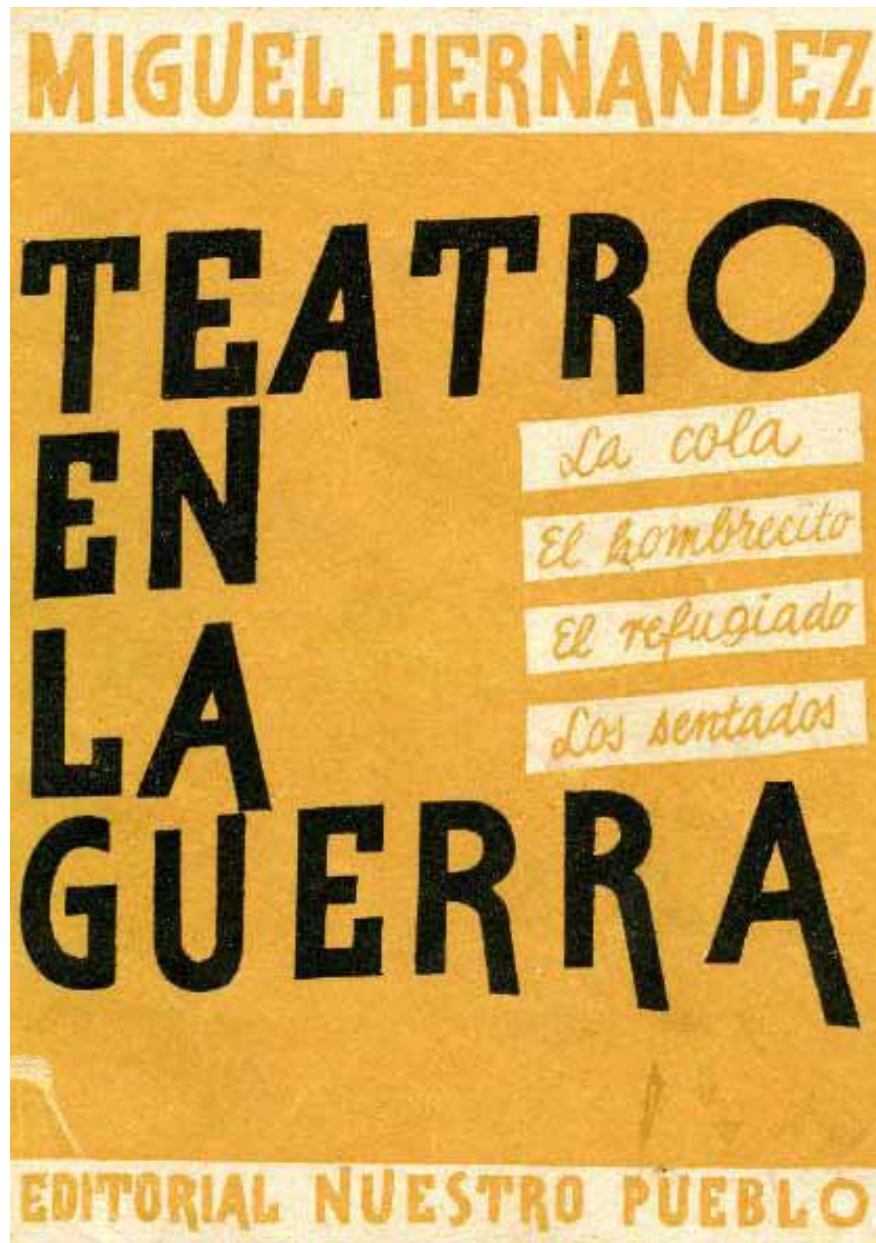
la Real Academia de la Lengua. Max Aub se dirigía a los muertos y a los exiliados, a todos los que tendrían que haber sido académicos si no hubiera sucedido la guerra. Y, naturalmente, allí estaba Miguel Hernández, sentado junto a Lorca.

Pero para Miguel esta guerra no es absurda. Aquí se está jugando una batalla importante de la Historia. Y él sabe que debe estar en el frente, luchando por lo que cree, renunciando incluso a su familia, buscando la paz y la justicia para las familias de los demás. Su felicidad puede esperar, aunque ama tanto a esa muchacha...

El objetivo de nuestra cámara histórica enfoca ahora al poeta. Acaba de sacarse de la guerrera el mechón de cabello oscuro. Huele a lavandas y sol, a piel de mujer y almidón, a trigo y aceite. A campo y a casa en penumbra en la hora de la siesta. A todo eso huele el pelo de Josefina. Esa melena que a él le parece estar acariciando en este momento.

El poeta vive este presente inmediato y artificioso en el que contemplamos su historia, pero la herramienta virtual nos permite observar su vida hacia adelante y hacia atrás. Podemos asistir a su tragedia lenta en la cárcel, a la enfermedad devorándole los pulmones, al envejecimiento de su viuda. Si Miguel Hernández pudiera contemplar su futuro...

También podemos ver su felicidad inmediata, esta limosna de alegría que vivió durante la guerra. Por ejemplo, en pocos meses se casará con Josefina Manresa. La escena se produce el 9 de marzo de 1937 a las doce del mediodía en el Registro Civil de Orihuela. Veamos las fotos del enlace. Ella viste de negro y él lleva un uniforme verde oscuro del Quinto Regimiento. El enlace se celebra con vino y arroz con costura. Se canta, se come, se bebe, se baila. Quién sabe qué ocurrirá mañana. Esa noche, en el Hotel Victoria de Alicante se aman como si no hubiera un mañana. La joven olvida su pudor. No tiene sentido en estos tiempos de guerra. Y el novio se obsesiona con que no termine en él la vida. Y además ha deseado tanto a esta muchacha. A esta muchacha que se le aparecía en medio de los horrores de la guerra. A partir de estos días surgirá una nueva hondura



en su poesía. Escribe en “Canción del esposito soldado”: “He poblado tu vientre de amor y sementera. (...) Para el hijo será la paz que estoy forjando”.

Luego pasearán por la playa de Alcoy y el 11 de marzo estarán de nuevo en Jaén, en el Frente Sur. Miguel y Josefina viven en la antigua casa de unos marqueses que ha sido requisada. Por la tarde, pasean por estos olivares y ven caer el sol de otro día. Josefina es feliz, con una felicidad impropia de una guerra. Es un minúsculo paraíso en el que quiere guarecerse mientras dure. A fin de cuentas estos campos de Jaén son los campos de su infancia. Ella nació en Quesada y a su padre, que era guardia civil, lo trasladaron a Orihuela siendo ella muy niña. Por la noche, Miguel Hernández dicta versos a Josefina que intenta seguir su ritmo veloz y asombroso con la máquina de escribir. Alguien hace una foto. Otra

foto de este álbum de la vida de un poeta en guerra. Cuando Miguel muera, esta fotografía le servirá a Josefina para refugiarse todas las noches en la amable tibieza del pasado.

¿Y cómo era la voz de Miguel? Josefina recuerda su voz de bajo y sus ojos oscuros de avellana, el cabello castaño cortado a cepillo con un pequeño copete en la frente. Cómo se parecía a un niño salido de la escuela, con esa mirada limpia de animal inocente, con su pantalón de pana y las alpargatas. Ese hombre de ternura que sonaba a campo. ¿Podría nuestro Google Time con su versatilidad virtual reproducir cómo era la voz de Miguel Hernández? Qué pobres estas tecnologías incapaces de intuir cómo es la voz de un poeta: “Andaluces de Jaén, aceituneros altivos, decidme en el alma: ¿quién, quién levantó los olivos?”. ■

Teatro en la Guerra, 1937.

La guerra, madre

*La guerra, madre: la guerra.
Mi casa sola y sin nadie.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.*

*La vida, madre: la vida.
La vida para matarse.
Mi corazón sin compañía.
La guerra, madre: la guerra.
Mi corazón sin compañía.
La guerra, madre: la guerra.*

*¿Quién mueve sus hondos pasos
En mi alma y en mi calle?
Cartas moribundas, muertas.
La guerra, madre: la guerra.
Cartas moribundas, muertas.
La guerra, madre: la guerra.*

Más información

■ Ferris, José Luis

Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta.

Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2016.

■ Manresa, Josefina

Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández. Ediciones de la Torre. Madrid, 1980.

■ Sánchez Vidal, Agustín y Rovira, José Carlos (editores)

Obra completa. Miguel Hernández. Espasa Calpe, Madrid, 1992.